

La política y la verdad

ÁLVARO DE LA RICA

Karl Jaspers sugería, en su acercamiento sistemático a la noción de verdad ontológica, la conveniencia de partir de las “radicales aclaraciones” para llegar a los “problemas concretos”. Al comentar lo ocurrido entre el 11 y el 14 de marzo, me permito invertir el orden propuesto por el filósofo protestante, aunque sólo sea para mostrar desde el principio la necesidad de huir de cualquier tentación dogmática en el terreno de la política. En su “Breve historia de la mentira” (Cátedra, 2002), María Bettetini ha señalado agudamente que Hitler fue uno de los personajes más veraces y “sinceros” de la historia.

Constituye a mi juicio una grave inmoralidad dar por sentada la verdad o mentira de los hechos centrales del drama al que hemos asistido, entre otras cosas porque no cabe descartar que lo que creemos conocer oculte de hecho lo decisivo de lo ocurrido en las 72 horas siguientes a las matanzas de Madrid. Me centraré en el supuesto de que una buena parte de la opinión pública se sintió

engañada y en que las viejas y aparentemente rancias nociones de verdad y mentira planearon con una fuerza sorprendente por todos los rincones del país, hasta el punto de que cabría pensar que el horror a la mentira o un fervoroso anhelo de verdad inspiró decisivamente a los votantes.

Esta interpretación épica y al mismo tiempo piadosa de los españoles no creo que sea del todo despreciable. Las cosas, no obstante, podrían llegar a ser algo más corrientes. Se ha apelado a la verdad y a la necesidad de transparencia. Se han imputado mentiras de Estado y se ha denunciado un intolerable abuso de poder. A mi juicio se trata de meras confesiones de parte o de “mentiras de segundo grado” de las que tanto habla Maquiavelo en su obra.

Creencia y confianza

No resulta tan fácil negar, en cambio, que durante la jornada del sábado se respiró un aire profundamente enrarecido: se materializó, en pocas horas, la profunda desconfianza que desde hace tiempo aletea en el ambiente. Por extravagante que parezca, estaremos lejos de superar ese ensimismamiento apelando sin más ni más a la verdad, algo impropio de la confrontación democrática. La política, más que el terreno de la enunciación de la verdad, conforma un espacio de expresión de la creencia, aquello que los empiristas ingleses llamaron con pre-

cisión “belief”, y de la consiguiente relación de confianza entre gobernantes y gobernados.

Durante aquellas horas trágicas la gente se sintió engañada, pero no podemos afirmar nada más que se trata de una pura impresión, por mucho que sea una sensación intolerable y decisiva. En nombre del rigor exigido, hay que reconocer que ignoramos si el gobierno quiso o no engañarnos. Ni siquiera si hubo o no reserva mental o ese “escamotaje” teorizado en el siglo XVIII. Nada ha sido demostrado y, pasado el embate de la urnas, a nadie parece importarle demasiado tal extremo. Lo que sí ha podido demostrarse es la desconfianza de una mayoría de ciudadanos ante un gobierno, que, bordeando a su vez diversas formas de esencialismo, no ha sabido reaccionar ante lo que tenía delante de los ojos. Lo cual no dice nada ni a favor ni en contra de las posiciones de fondo y las creencias del gobierno y de la parte de la ciudadanía que le ha mantenido la confianza.

Todo esto no comporta ningún balance ni solución política. Pretende simplemente poner algunas cosas en su sitio en un momento en el que hemos llegado a una de las peores formas de perversión de la “polis”, la de la sospecha mutua y generalizada, algo que surge paradójicamente de la apelación a la verdad en un terreno impropio. Otra forma nefasta de mentira. |

Duelo

La catarsis del dolor

AURELIO PÉREZ JIMÉNEZ

Nada mejor para abrir estas reflexiones sobre un tema que nos inquieta en estos días que las palabras del poeta griego de quien celebramos en este año el XXV centenario, Sófocles. Él, que, habiendo sido un hombre de vida feliz, pasa por ser poeta del dolor, supo interpretar la verdadera naturaleza del hombre con estas palabras finales del coro de su “Edipo en Colona”, que no es difícil compartir en la amargura de una experiencia como la que hiere todavía nuestra retina y nuestra soledad: “Lo mejor es no nacer; / pero, si esto sucede, / regresar allí de donde venimos/ cuanto antes.”

Sin duda esas palabras, que resumen bien la esencia sufriente del hombre, no son exclusivas de Sófocles. Las encontramos, casi en los mismos términos, en Teognis de Mégara, un poeta del siglo VI a.C., y en otros, antes y después, cuyo testimonio resume el grecorromano Plutarco: “Observa lo doloroso de la vida y su agotamiento por las muchas preocupaciones que, si quisiéramos contarlas, condenaríamos definitivamente esa vida, y confirmaríamos la opinión presente en algunos, de que es mejor morir que vivir.” Simónides, Píndaro, Eurípides y nuestro Sófocles, entre otros muchos, configuran la lista de esos testimonios para los que el duelo está en la raíz de la vida humana y que se preguntan hasta qué punto podemos llorar la muerte de quienes se nos han ido antes de tiempo: “¿Y tú lloras a un hombre mortal, porque ha muerto, / cuando no sabes si el futuro le iba a traer ganancia?”

Naturalmente, Plutarco interpreta a su modo, y desde su perspectiva como pensador platónico y providencialista, que cree en un destino humano trascen-

dente, esos documentos literarios ya clásicos en su época. En este sentido, su pensamiento se acerca al cristiano –el de la recompensa eterna para quienes han hecho merecimientos en la tierra– pero también al de aquellos que, como los oradores atenienses del siglo V y IV o los romanos de la República, buscan en los beneficios sociales de la muerte un consuelo para el sacrificio de los ciudadanos. ¡Qué actual resulta esta actitud ante la muerte y el dolor de los antiguos!

El duelo como forma de expresión humana no es –tampoco lo era en la Antigüedad– sólo una acción ritual formalizada, que no deja ver el sufrimiento real compartido. El duelo no servía a los muertos, sino que más bien era un escape para el dolor de los vivos. Para los familiares y amigos del muerto los gestos y llantos de dolor –que encuentran su primera expresión plástica en las mujeres de Tanagra (c. XIII a.C.)– eran y si-

En situaciones extraordinarias, el duelo deja de ser rito y se hace dolor auténtico, dolor social

guen siendo una “katharsis” para el inmenso dolor que comporta la pérdida de un ser querido. En este sentido, las plañideras profesionales, las “penthetriai” griegas y las “praeficae” romanas, con sus llantos, igual que todavía en algunos de nuestros pueblos, contribuían a hacer común el dolor privado: las penas, compartidas, son menos penas. Pero en situaciones extraordinarias, como la que ahora nos ha tocado vivir, no se necesitaban plañideras. El sufrimiento brotaba espontáneamente de las entrañas del ser humano; el sufrimiento prendía, como ahora prende, de alma en alma, con la simple contemplación de los hechos. En ese momento, el duelo deja de ser un rito y se hace dolor auténtico, dolor social, para todos los que tienen

un lazo, aunque sólo sea el de la naturaleza humana, con las víctimas de cualquier catástrofe: terremoto, guerra, o masacre sin sentido. Es el dolor que escupe la Hécuba de Eurípides ante la suerte de Troya, saqueada por los aqueos; es el duelo con que llora el Coro de los “Persas” de Esquilo la pérdida de sus soldados (un destino culpable) en Salamina; y el mismo con que consuelan su dolor de madres, las mujeres del coro de la “Andrómaca” (vv. 1038-1045). Es ese dolor, en definitiva, que, motivado por la irracional actitud de un hombre o de un grupo, nos desgarrar ante la pérdida de tantas víctimas inocentes: “Fatigas, en efecto, y angustias más fuertes que las fatigas giran en círculo, y un daño común, surgido de una locura privada, ha llegado funesto a la tierra del Selinunte, y una desgracia se desprende de otras.” Salvando las distancias contextuales y sustituyendo el Selinunte por el Manzanares, las palabras de este coro de Eurípides podrían estar en cualquier crónica sobre la reciente tragedia de Madrid.

En verdad, como decía Sófocles, el dolor se ceba con el ser humano y es mayor cuanto más inocente es la víctima que lo genera. Sólo lo calma la rabia, la indignación, el silencio, el llanto. Frente a esas actitudes simplemente humanas, los dioses inventaron la resignación y la esperanza; los filósofos, el dominio de la razón sobre nuestras pasiones y sentimientos, que genera serenidad y compostura; y los políticos, la exaltación gloriosa del destino de hombres y mujeres cuya muerte adquiere sentido si mejora la sociedad a la que pertenecieron. Con estos supuestos, sean las palabras de Lisias nuestro homenaje último y un punto final para estas breves pinceladas sobre el dolor y el duelo:

“Culminaron su vida como tienen que morir los valientes: ofrendando trofeos a su patria y dejando dolor a quienes los habían criado. Conque es justo que los vivos añoren a éstos y se duelan por sí mismos, y que compadezcan a sus allegados por la vida que les queda.” |



DANI DUCH

El sufrimiento prendía, de alma en alma, con la simple contemplación de los hechos